



En torno de la historia del bienestar

Author(s): John H. Coatsworth and Leandro Wolfson

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 36, No. 144, (Jan. - Mar., 1997), pp. 991-1003

Published by: Instituto de Desarrollo Económico y Social

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3467135>

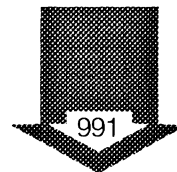
Accessed: 06/05/2008 11:24

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of JSTOR's Terms and Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>. JSTOR's Terms and Conditions of Use provides, in part, that unless you have obtained prior permission, you may not download an entire issue of a journal or multiple copies of articles, and you may use content in the JSTOR archive only for your personal, non-commercial use.

Please contact the publisher regarding any further use of this work. Publisher contact information may be obtained at <http://www.jstor.org/action/showPublisher?publisherCode=ides>.

Each copy of any part of a JSTOR transmission must contain the same copyright notice that appears on the screen or printed page of such transmission.

JSTOR is a not-for-profit organization founded in 1995 to build trusted digital archives for scholarship. We enable the scholarly community to preserve their work and the materials they rely upon, and to build a common research platform that promotes the discovery and use of these resources. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



COMUNICACION

EN TORNO DE LA HISTORIA DEL BIENESTAR*

JOHN H. COATSWORTH**

La historia del bienestar, de la evolución que experimentó a lo largo del tiempo el bienestar físico y espiritual humano, abarca la mayor parte de las investigaciones y enseñanzas a que se dedican los historiadores. Cualquiera sea el objeto declarado de sus estudios, rara vez dejan de toparse con evidencias de los cambios que afectaron, para bien o para mal, la salud o felicidad de sus sujetos. Los juicios que las investigaciones históricas han hecho sobre el bienestar están incorporados a la estructura y lenguaje de prácticamente todas las narraciones históricas, por más que sus autores hayan evitado explicitar, como lo siguen haciendo hoy muchos historiadores, los principios teóricos y éticos que informan su labor.

En los debates políticos que tienen lugar en la actualidad en Estados Unidos y varios otros países desarrollados, por una curiosa inversión lingüística el término bienestar [*welfare*] ha quedado cargado de connotaciones negativas***. Durante la mayor parte de este siglo, se ha designado con este término los empeños de los gobiernos modernos por mejorar el nivel de vida de individuos o grupos familiares cuyos ingresos, en caso de no tomarse esas medidas, quedarían por debajo del nivel que los responsables de las políticas públicas y sus partidarios consideran mínimo. Dando al término una definición algo más amplia, se ha designado con él los programas oficiales en materia de educación, salud, vivienda, cultura, atención de los ancianos, seguro de desempleo, protección ambiental, etcétera. Hoy se oye decir que un "bienestar" excesivo constituye una amenaza para la "civilización".

Los historiadores tienen mucho que aportar al estudio de la relación entre el bienestar y la civilización. Aquí abordaré sólo un aspecto de este campo de estudios tan enormemente complejo y fascinante: el vínculo entre el mejoramiento del bienestar físico humano y los

* En un reciente viaje a Buenos Aires, el profesor Coatsworth nos acercó el texto de su discurso pronunciado al asumir el cargo de presidente de la American Historical Association, en 1995. Publicado en *The American Historical Review*, vol. 101, Nº 1, febrero de 1996, págs. 1-12.

** Profesor de la cátedra "Monroe Gutman" de Cuestiones Latinoamericanas en el Departamento de Historia de la Universidad de Harvard y director del David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University. [✉ 1737 Cambridge Street / Cambridge, MA 02138 / Fax: (1 617) 496-2802.]

*** El autor alude al uso del término "*welfare*" en la frase "*welfare State*", o sea, al Estado benefactor, providente o asistencial, al que muy a menudo se designa también como "Estado de bienestar". [N. del T.]

avances en la productividad económica y la organización política que lo hicieron posible. Al mismo tiempo, confío en poder señalar que la investigación de las condiciones materiales de vida que enfrentaron las poblaciones humanas del pasado puede contribuir a nuestra comprensión de muchas otras cuestiones históricas.

En la última década, más o menos, los historiadores comenzaron a hacer uso sistemático de diversas medidas del bienestar físico, de las que fueron precursoras las ciencias naturales y humanas, a fin de reexaminar ciertas interpretaciones de antigua data acerca del cambio histórico. Los restos esqueléticos correspondientes a épocas que van desde la prehistoria hasta tiempos más recientes nos han suministrado gran cantidad de pruebas sobre la esperanza de vida, los niveles de nutrición, la incidencia de las enfermedades crónicas, el estrés físico vinculado con el trabajo y las lesiones traumáticas en diversas poblaciones de muy variadas regiones del globo. El análisis de los restos de asentamientos humanos ofreció información adicional sobre la nutrición y la dieta, así como sobre la evolución de los productos alimenticios y de las técnicas de producción de alimentos. Con respecto a las épocas históricas para las cuales existen documentos escritos, los datos referentes a la estatura, la masa corporal y otras características físicas, además de la información demográfica y epidemiológica, han llevado a revisar gran parte del saber adquirido acerca de una sorprendente cantidad de cuestiones históricas.

Este revisionismo se remonta a los albores de lo que, a falta de una mejor designación, denominamos "sociedades complejas". El pasaje del nomadismo precario de los cazadores y recolectores a la vida sedentaria más estable y segura de los agricultores y pastores marcó un gran avance para la humanidad. En el Viejo Mundo, esta transición se produjo en el curso del milenio que se extiende entre 9.000 y 8.000 años antes de Cristo, poco después de la última edad del hielo y de la desaparición de la megafauna que había vuelto tan productiva la caza. En el Nuevo Mundo, la transición tuvo lugar 4.000 años más tarde en Mesoamérica y los países andinos, quizás en parte porque la proporción más favorable entre habitantes y recursos hizo que la caza y la recolección resultasen redituables durante más tiempo. Con la difusión de nuevas técnicas productivas, siguió luego una era en la cual la población terrestre aumentó con más rapidez que nunca en el pasado (aunque en forma muy lenta si se la mide de acuerdo con los parámetros modernos), a la vez que la sociedad humana se volvía más compleja y surgían los primeros imperios territoriales centrados en torno de las ciudades. Los historiadores siguen refiriéndose a estas sociedades como "civilizaciones" para destacar sus logros muy netos en el arte, la religión, la ciencia y el derecho¹.

Sin embargo, sólo recientemente hemos llegado a conocer algo más sobre el gran precio que debieron pagar nuestros antepasados comunes para alcanzar estos avances en la tecnología, la organización social y una cultura superior. Los bioarqueólogos han asociado la transición a la agricultura con una declinación significativa en el grado de nutrición y con aumentos de la mortalidad, las enfermedades, el trabajo excesivo y la violencia en todas aquellas zonas donde los restos esqueléticos permitieron comparar el bienestar humano antes y después de dicho período de cambio. Estos hallazgos parecen válidos ya sea que la transición tuviera lugar a lo largo de un lapso prolongado o fuera forzada por una conquista territorial (como en ciertos lugares del Nuevo Mundo). Hoy sabemos que la "civilización" detuvo el crecimiento, difundió las enfermedades, acortó la

¹ Dentro de esta tradición, la obra clásica sobre la Revolución Neolítica es V. Gordon CHILD: *Man Makes Himself*, Londres, 1941.

vida humana y llevó a las personas a matarse y mutilarse unas a otras en una escala sin precedentes².

Además, hoy sabemos también que hasta hace relativamente poco (hasta el siglo XX en la mayor parte del mundo), las ciudades en que la ciencia y la cultura llegaron a un plano tan alto eran sitios tan insalubres, y con tasas de mortalidad tan altas, que ninguna de ellas podía reproducir –no hablemos ya de expandir– su población por crecimiento natural. La población de ciudades tan disímiles como la antigua Teotihuacán y la Londres industrial sólo consiguió crecer demográficamente atrayendo hacia sí a los pobladores de otros lugares u obligándolos a radicarse en ellas. Los progresos en materia de tecnología y organización vinculados al auge de los imperios basados en las ciudades aumentaron la productividad agraria y los excedentes disponibles para las elites urbanas y sus súbditos, pero tarde o temprano las densas poblaciones establecidas en las ciudades como secuela de estos avances hicieron que el aumento de la productividad agrícola se rezagara, y padecieran un creciente riesgo de morbilidad a raíz del hacinamiento, las deficientes condiciones sanitarias, el exceso de trabajo y la desnutrición. Estos padecimientos persistieron en casi todas partes hasta el siglo XX³.

Antaño se pensaba que la civilización maya de la época "clásica" (aproximadamente entre los años 300 y 900 d.C.) había logrado escapar en forma misteriosa a esta antigua lógica. La civilización maya clásica del sur de México y el norte de América Central se componía de una serie de espléndidos centros de ceremonias, dirigidos por sacerdotes amantes de la paz, que dedicaban gran parte de su tiempo a la astronomía, la matemática y a diseñar complicados jeroglíficos con el fin de registrar sus descubrimientos y confundir a los arqueólogos. El resto de la población se ganaba la vida mediante una agricultura de desmonte relativamente primitiva, que sólo les dejaba lo suficiente para subsistir y para mantener a sus científicos. Se reunían en las festividades religiosas y fuera de temporada donaban su tiempo para arrastrar grandes moles rocosas a fin de construir pirámides, pero no edificaron ciudades porque no estaban en condiciones de sustentar una gran población no agrícola. Tampoco se dedicaron a otros pasatiempos modernos, como el comercio, la lucha de clases o la matanza de sus vecinos⁴.

Esta visión romántica de los mayas se ha desmoronado en los últimos quince años. Ahora sabemos que los clásicos centros mayas de ceremonias eran en verdad ciudades que llegaron a tener hasta 80.000 habitantes. A fin de alimentarlos, los mayas explotaban los recursos ecológicos de las regiones que estaban bajo su dominio con técnicas más avanzadas y productivas de lo que se supuso hasta la fecha. Conducidos por reyes guerreros, comerciaron con sitios tan distantes como el valle de México y la costa del Pacífico en América del Sur, y padecieron divisiones de clase tan agudas que las diferencias en el nivel nutricional de la elite y la gente común puede medirse por la estatura de los

² Véase, por ejemplo, Mark N. COHEN: *Health and the Rise of Civilization*, New Haven, 1989; para un ejemplo correspondiente al Nuevo Mundo, véase Clark S. LARSEN (ed.): "The Archeology of Mission Santa Catalina de Guale: Biocultural Interpretations of a Population in Transition", *Anthropological Papers*, vol. 68, 1990.

³ Se hallará un excelente resumen de la bibliografía en Rebecca STOREY: *Life and Death in the Ancient City of Teotihuacan: A Modern Paleodemographic Synthesis*, Tuscaloosa, 1992, págs. 35-42.

⁴ Esta concepción sobre la civilización de los mayas fue vigorosamente sostenida y defendida durante mucho tiempo por J. E. S. Thompson, quien "hasta su muerte, en 1975 [...] dominó los estudios modernos sobre los mayas por la mera fuerza de su intelecto y su personalidad" (Michael D. COE: *Breaking the Maya Code*, Londres, 1992, pág. 123).

esqueletos encontrados. La guerra era endémica entre ellos. En síntesis, los mayas fueron tan civilizados como cualquier otra civilización⁵.

El progreso de nuestra especie hasta dejar atrás estos viejos ciclos de auge y decadencia e ingresar en una era de aumento sostenido del nivel del bienestar físico es un logro propio del siglo XX. Esta es la conclusión que surge en parte de los estudios que utilizan datos históricos sobre la estatura de la población adulta para medir el nivel de nutrición de los grupos humanos en los tres últimos siglos. Si bien la estatura de un individuo cualquiera se ve afectada por factores genéticos y otras características idiosincrásicas, la estatura promedio de grupos de población está determinada fundamentalmente por la nutrición neta en la niñez, sobre todo en la niñez temprana, así como en la adolescencia⁶. La desnutrición crónica de las poblaciones premodernas mantuvo la estatura adulta muy por debajo de los niveles modernos durante el siglo XIX en todos los países, y hasta hace poco tiempo también en muchas regiones poco desarrolladas⁷.

La esperanza de vida ofrece otra medida sumaria del bienestar físico de una población. Desde los tiempos prehistóricos hasta hace pocos años, hubo una baja esperanza de vida a raíz principalmente de los efectos de la desnutrición crónica, la cual hacía que muchas personas fueran vulnerables a enfermedades que acababan con ellas a una edad comparativamente temprana, a menudo en la infancia. Es probable que a comienzos de la edad moderna (siglos XVI y XVII), en ciudades europeas como Amsterdam, Ginebra y Londres la esperanza de vida no fuese mucho mayor que la de los imperios antiguos (aunque Roma fue un lugar particularmente mortífero)⁸. No hubo una mejoría duradera en la esperanza de vida, ni siquiera en el mundo desarrollado, hasta bien entrado el siglo XX⁹.

Durante la Revolución Industrial del siglo XIX, el bienestar se estancó o disminuyó durante décadas. Como había ocurrido en el mundo antiguo, los aumentos de la productividad y el auge de las ciudades no dieron origen a mejorías en el nivel de bienestar físico. En Estados Unidos, donde la escasez de mano de obra y los abundantes recursos generaron una población inusualmente bien alimentada, pese a ello la estatura media de la población nativa masculina se estancó entre 1780 y 1830, para luego disminuir casi cinco centímetros, hasta alcanzar su punto más bajo en la década de 1880. La población norteamericana no recobró la estatura promedio que había tenido a fines del siglo XVIII hasta la década de 1920. La esperanza de vida decayó durante medio siglo a partir de 1790 y luego se mantuvo fija casi hasta fines del siglo pasado.

Teniendo en cuenta lo que ahora se sabe, uno podría preguntarse cómo es que personas sensatas decidían establecerse en aldeas agrarias, trasladarse a las ciudades o promover el desarrollo industrial. Los datos sugieren que la elección personal tenía poco

⁵ Para una descripción de fácil lectura sobre uno de los principales asentamientos, véase William L. FASH: *Scribes, Warriors, and Kings: The City of Copán and the Ancient Maya*, Londres, 1991.

⁶ La "nutrición neta" es el equilibrio entre los "insumos" nutritivos y las exigencias físicas que imponen el trabajo, las enfermedades, etcétera. Si el trabajo es más arduo y la enfermedad golpea, se requieren mayores niveles de nutrición.

⁷ Véase la conferencia pronunciada, en ocasión de recibir el Premio Nobel, por Robert William FOGEL: "Economic Growth, Population Theory, and Physiology: The Bearing of Long-Term Processes on the Making of Economic Policy", *American Economic Review*, vol. 84, 1994, pág. 372. Una excelente reseña de este campo es la de Richard STECKEL: "Stature and the Standard of Living", *Journal of Economic Literature* (en prensa).

⁸ STOREY, op. cit., cap. 1; véase también Jan DE VRIES: *European Industrialization, 1500-1800*, Londres, 1984.

⁹ Robert W. FOGEL: "Egalitarianism: The Economic Revolution of the Twentieth Century", conferencia inédita en memoria de Simon Kuznets, Yale University, 1992, pág. 25.

que ver con estos procesos. Estas grandes transiciones parecen haber ocurrido en momentos en que las formas de vida anteriores se habían vuelto insostenibles o poco atractivas, por el agotamiento de los alimentos silvestres accesibles, la promesa de seguridad o de salvación en los pueblos y ciudades, la carencia de tierras o de empleos en labores agrícolas¹⁰. Ya fuesen empujados por sus amos o atraídos por el mercado, la mayoría de los que se dejaron arrastrar por estas tendencias tenían pocas alternativas. Incluso aquellos cuyo papel individual la historia ha celebrado tradicionalmente, desde los monarcas hasta los magnates, se abrieron paso en los márgenes de estas tendencias. Su creatividad rara vez pudo superar el contexto de su época.

Los notables contrastes que he citado entre los logros tecnológicos y aun culturales, por un lado, y los cambios en el nivel de bienestar físico, por el otro, contradicen las premisas que hasta ahora se consideraban valideras. Lo cierto es que el progreso de la productividad nunca se trasladó en forma inmediata o automática a mejoras del nivel de vida, como tampoco garantizó nunca el bienestar espiritual.

Sin embargo, no deja de ser cierto que es imposible que mejore el bienestar físico en economías que no crecen. Los antiguos pesares de nuestra especie no desaparecerán sin un aumento de la producción de bienes y servicios per cápita, o sea, sin un crecimiento económico. El aumento de la productividad no es condición suficiente para que mejore el bienestar, pero es una condición necesaria.

Los esfuerzos académicos por cuantificar y medir las diferencias de productividad entre distintos períodos históricos y países tienen larga data, pero el origen moderno de tales empeños puede remontarse a la obra de Simon Kuznets y sus colaboradores en la década del cincuenta¹¹. A partir de entonces, los historiadores de la economía dedicaron gran parte de su tiempo, energía y capacidad a entablar furiosos debates tendientes a generar estimaciones cada vez más razonables de la productividad global en el pasado remoto. Estos afanes se centraron en las economías de la región del Atlántico Norte, donde residen la mayoría de los especialistas en historia económica cuantitativa que hay en el mundo, pero en las dos últimas décadas ha habido un veloz avance asimismo en cuanto a los trabajos referidos a otras zonas. Pese a un enorme conjunto de obstáculos, incluida la insuficiencia o carencia de datos así como serias complicaciones conceptuales y técnicas, existen hoy para muchos países estimaciones cada vez más sólidas de su desempeño económico desde el siglo XVIII. Un puñado de espíritus valerosos produjeron incluso cálculos que se remontan hasta el antiguo Imperio Romano y que pueden dar lugar a plausibles extrapolaciones y conjeturas¹².

Entre los resultados más interesantes de tales esfuerzos se halla el descubrimiento de que la brecha de productividad existente entre lo que hoy son las regiones menos desarrolladas y las economías más avanzadas del planeta tiene un origen relativamente reciente. En la actualidad, el volumen de producción per cápita de las economías desarrolladas es, en promedio, unas cuatro veces mayor que el del mundo menos desarrolla-

¹⁰ En lo que respecta a la Revolución Neolítica, esta opinión está asociada a Ester BOSERUP: *The Conditions of Agricultural Growth*, Chicago, 1965.

¹¹ Simon KUZNETS: "Economic Growth and Income Equality", *American Economic Review*, vol. 45, Nº 1, 1955, págs. 1-28.

¹² Raymond GOLDSMITH: "An Estimate of the Size and Structure of the National Product of the Early Roman Empire", *Review of Income and Wealth*, vol. 30, 1984, págs. 263-88.

do¹³. Es probable que esta brecha no existiese siquiera antes de 1700, época en la cual la mayoría de las economías de Europa occidental tenían un nivel de ingreso per cápita no muy superior, probablemente, al del Imperio Romano (salvo Egipto, que era más pobre) en el primer siglo de la era cristiana¹⁴.

La división moderna del globo entre las naciones ricas y las pobres se originó, pues, en el siglo XVIII, cuando un pequeño número de economías del Atlántico Norte comenzaron a crecer lenta pero irreversiblemente, en tanto que el resto del mundo en su mayor parte no lo hacía. De mediados a fines del siglo XIX la brecha entre el "núcleo" y la "periferia" ya había alcanzado sus dimensiones actuales en la mayoría de las regiones. A la sazón, el aumento de las exportaciones de minerales y productos agropecuarios estaba generando un progreso sostenido de la productividad en gran parte del mundo poco desarrollado, pero equipararse con las naciones ricas les habría significado a las pobres lograr una tasa de crecimiento superior a la de sus socios comerciales más afortunados. Casi ninguna lo consiguió. Durante el siglo XX, las tasas de crecimiento económico de Asia, Europa oriental y América Latina les permitieron a estas regiones mantener el paso, más o menos, de las economías del Atlántico Norte, creciendo con más rapidez en algunos períodos y más lentamente en otros, pero ninguna logró cerrar la brecha en grado significativo. En el caso del continente africano, los índices de crecimiento fueron en el curso del presente siglo permanentemente inferiores a los del resto del mundo, por lo cual la brecha de África casi se duplicó en los últimos doscientos años¹⁵.

Estas tendencias regionales de largo plazo coincidieron con crecientes disparidades en la mayoría de las regiones del mundo¹⁶. La relación entre el ingreso per cápita de la nación más rica y la más pobre no pudo haber sido mucho mayor que de 4 a 1 en 1820; en 1989, era de 39 a 1¹⁷. Durante el siglo XIX, unas pocas naciones pobres crecieron velozmente y avanzaron bastante en el sentido de una equiparación con las ricas, pero otras quedaron aun más a la zaga. En el último medio siglo, por ejemplo, Japón, Corea y Taiwán se desarrollaron con rapidez, en tanto que otros países, como los de gran parte de África y de ciertas regiones de América Latina y Asia, quedaron todavía más rezagadas¹⁸. A fines del siglo XX, la producción y la productividad mundiales, y por ende los elementos

¹³ Esta proporción se basa en la muestra de 43 países estudiada por Angus MADDISON en "Explaining the Economic Performance of Nations, 1820-1989", en William J. BAUMOL, Richard R. NELSON y Edward N. WOLFF (eds.): *Convergence of Productivity: Cross-National Studies of Historical Evidence*, Nueva York, 1994, págs. 20-61. Las estimaciones de Maddison tienen la ventaja de que fueron ajustadas a la paridad del poder adquisitivo; estimaciones no ajustadas (que tienden a subestimar el ingreso de los países menos desarrollados, generalmente por utilizar los tipos de cambio para convertir las estimaciones en la moneda del país a dólares) dan una proporción de 1 a 8 o más.

¹⁴ Se hallará una interesante reseña de la bibliografía y algunas conjeturas aproximadas en Paul BAIROCH: *Economics and World History*, Nueva York, 1993, cap. 9. Para la comparación con Roma, véase GOLDSMITH, op. cit.; la esperanza de vida era inferior en Roma que en los comienzos de la Europa moderna, pero las otras estimaciones de Goldsmith sugieren cifras bastante comparables.

¹⁵ Este párrafo y el siguiente se basan en gran medida en MADDISON, op. cit., págs. 22-27.

¹⁶ Sin embargo, Gabriel TORIELLA (en "Patterns of Economic Retardation and Recovery in South-Western Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *Economic History Review*, vol. 47, Nº 1, 1994, págs. 1-21) muestra que en el siglo XX se ha producido una convergencia entre los países del sur de Europa (Italia, Portugal y España) y los del norte (Inglaterra y Francia).

¹⁷ MADDISON, op. cit., págs. 23-30.

¹⁸ Disparidades menores, pero aun así significativas, en el desempeño económico se dieron entre varias economías desarrolladas, algunas de las cuales (como Alemania o Italia) crecieron más rápido que otras (como Gran Bretaña y Estados Unidos). Véase MADDISON, op. cit., págs. 22-23.

esenciales para mejorar el bienestar humano, estaban más desigualmente distribuidos que nunca en el planeta.

Pero incluso en las economías en que la productividad mejoró en el último siglo o en los dos últimos, los beneficios del crecimiento se difundieron de manera poco pareja entre las poblaciones que los hicieron posibles. Las variaciones en la distribución de bienes y servicios dentro de las diversas sociedades explican por qué algunos avances en materia de productividad se tradujeron en una rápida mejoría en el bienestar físico, en tanto que otros no redundaron en diferencias apreciables o incluso fueron simultáneos a una notable decadencia en el nivel de vida.

Los esquemas de distribución del ingreso normalmente se atuvieron a las divisiones sociales y culturales existentes (y a veces las exacerbaban o las transformaron de algún otro modo). Por ejemplo, en el siglo XIX las divisiones de clase en sociedades tan diversas como la del antiguo México y la de Gran Bretaña eran tan agudas que determinaban el acceso a los nutrientes básicos, y por lo tanto la estatura y la esperanza de vida. Entre los antiguos centroamericanos, las elites gobernantes de los nobles, sacerdotes y guerreros controlaban el acceso a los alimentos, en particular a las fuentes escasas de proteínas. Al parecer, la decadencia de la productividad agraria en las épocas de superpoblación urbana llevó a las elites a codificar y sancionar leyes sobre el gasto que reservaban el consumo de ciertos alimentos para sí mismas. La ampliación de las diferencias físicas entre las elites y la gente común coincidió con períodos de levantamientos populares y hasta de lisa y llana lucha de clases, que parecen haber precedido a la destrucción o abandono de los centros urbanos y a la desintegración de los estados e imperios¹⁹.

Diferencias similares entre los distintos estratos sociales fueron características de la mayoría de las sociedades industriales hasta hace relativamente poco tiempo. En 1800, verbigracia, la población masculina adulta de Inglaterra perteneciente a la nobleza tenía una estatura más de doce centímetros superior a la estatura media de la población total²⁰. Durante la Revolución Industrial, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos y en otros sitios, los ingresos se concentraron aun más, en parte porque los salarios que percibía la escasa mano de obra muy calificada o instruida crecieron velozmente, en tanto que los de la fuerza laboral poco calificada, más numerosa, permanecieron estancados hasta después de iniciado el siglo XX²¹. En el Tercer Mundo, las conmociones asociadas al comienzo del período de crecimiento impulsado por las exportaciones incluyeron oleadas de usurpación de tierras por parte de los campesinos, las que a menudo coincidieron con la construcción de vías férreas que elevaron el valor de la tierra y así estimularon a los aristócratas a apoderarse de ésta. La proletarianización de la fuerza laboral en todas partes y la inmigración masiva a ciertas zonas del Nuevo Mundo aumentaron la oferta de trabajadores poco calificados, deprimiendo los salarios²².

¹⁹ Véanse los ensayos reunidos en Norman YOFFEE y George L. COWGILL (eds.): *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, Tucson, 1988.

²⁰ Esta diferencia disminuyó más tarde, principalmente durante el siglo XX, hasta llegar a ser hoy de apenas dos o tres centímetros. Véase FOGEL: "Egalitarianism", op. cit., pág. 29.

²¹ Véase Jeffrey G. WILLIAMSON: "Globalization, Convergence, and History", National Bureau of Economic Research, Documento de Trabajo 5259, 1995, págs. 24-26.

²² Como señala WILLIAMSON, en el Nuevo Mundo las fuerzas que elevaron los índices de crecimiento con respecto al mundo desarrollado "perjudicaron a la mano de obra poco calificada y beneficiaron a los terratenientes" (op. cit., pág. 24).

También influyeron las diferencias de género, edad y grupo étnico. En la época premoderna, durante los prolongados períodos de escasez de alimentos, las mujeres padecieron con frecuencia más que los hombres, como puede medírselo por la creciente diferencia entre la estatura de uno y otro sexo. En tiempos modernos, la persistencia de costumbres y de instituciones que inhiben la movilidad ocupacional de grandes sectores de la fuerza laboral (incluida la mayoría femenina en casi todas partes) ha tendido a mantener en todo el globo las desigualdades heredadas, no ligadas a la productividad, en la distribución del ingreso y la riqueza.

En muchas sociedades, las minorías étnicas (o las mayorías oprimidas) tienen una dieta más insuficiente, sufren más enfermedades y exceso de trabajo y viven menos que los grupos más favorecidos. En el mundo antiguo, la migración forzada de los pueblos sometidos hacia las capitales imperiales y hacia lugares de trabajo densamente poblados incrementó la mortalidad provocada por las enfermedades y complicada por la desnutrición crónica. Los pueblos aborígenes de América siguen padeciendo niveles de nutrición tan bajos que en muchos países tienen una estatura visiblemente inferior a los "europeos" para los que trabajan. Los pobladores de Cholula, México, considerados indígenas por su estilo de vida, no son hoy más altos que los habitantes de esa región en la era prehispánica²³.

Los mecanismos institucionales que, históricamente, a través de la servidumbre o la esclavitud, volcaron la producción y el trabajo de determinados grupos étnicos o sociales en favor de los derechos de propiedad sin contraprestación de otros grupos tendieron, en general, a concentrar el ingreso en menos manos. Los períodos de rápido crecimiento de la agricultura esclavista de las plantaciones, tanto en América Latina como en Estados Unidos, coincidieron con un aumento de la intensidad de la mano de obra, una disminución de la nutrición neta y reglas más duras en el trato con los esclavos, exacerbando de este modo las desigualdades existentes.

A lo largo de la historia, la población más vulnerable ha sido la de los niños pobres. La mortalidad de los niños en general, así como la mortalidad infantil en particular, explican más que cualquier otro factor el hecho de que hasta hace poco las ciudades del mundo no hayan podido mantener o ampliar su población por crecimiento natural. Aparentemente, en el sur de Estados Unidos los niños esclavos, a los que a menudo se les daba de comer por separado, eran mal alimentados en forma deliberada por sus dueños²⁴.

Así como el crecimiento económico nunca garantizó una mejora automática e instantánea en el bienestar físico de la población, tampoco el esfuerzo productivo aseguró una retribución acorde a los individuos que lo realizan. La importancia de la brecha existente entre la ganancia (o pérdida) privada y el beneficio (o costo) social derivados de la actividad económica impulsó el surgimiento de una subdisciplina dentro de la historia económica, destinada a examinar los factores institucionales determinantes del mejoramiento de la productividad²⁵. Los cambios institucionales que redujeron esta brecha han contribuido, y siguen contribuyendo, a estimular el crecimiento económico. La modernización de los sistemas jurídicos, judiciales y de fiscalización, la abolición de las distinciones de

²³ Carlos A. Giordano SÁNCHEZ VERÍN: "La alimentación como reflejo del desarrollo físico en dos comunidades rurales de México: Cholula e Ixtenco", trabajo inédito, 1994.

²⁴ Richard STECKEL: "A Dreadful Childhood: The Excess Mortality of American Slaves", *Social Science History*, vol. 46, Nº 3, 1986, págs. 427-65.

²⁵ Entre los precursores de este enfoque se destaca Douglas NORTH. Véase, por ejemplo, "Institutions", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 5, Nº 1, 1991, págs. 97-112.

casta y de la esclavitud más avanzado el siglo XIX, el fin de los monopolios comerciales mercantilistas y el surgimiento de regímenes comerciales internacionales más libres, el crecimiento de los mercados de capital que facilitan el desplazamiento a través de las fronteras internacionales de grandes corrientes de capital y de tecnología, así como una multitud de otros cambios menos espectaculares, mejoraron enormemente la productividad en todo el planeta. La mayoría de los trabajos históricos sobre estos logros modernos se centraron correctamente en los cambios institucionales que beneficiaron a empresarios e innovadores al brindarles una mayor retribución; ellos han dado lugar a avances importantes en nuestra comprensión de los requerimientos institucionales para el crecimiento económico.

Un abordaje similar de la historia de los regímenes distributivos ofrecería, sin duda, ideas no menos valiosas en cuanto a la forma en que los cambios institucionales han afectado tanto el bienestar como la productividad²⁶. Las sociedades humanas distribuyen de manera tan distinta, y con una atención tan minuciosa hacia todos los detalles, los derechos de propiedad y otros títulos que es fácil perder de vista sus repercusiones a largo plazo. Las fuerzas económicas han cumplido un papel fundamental, en la mayoría de las sociedades, aun las premodernas, en cuanto a determinar la distribución del ingreso y la riqueza, pero operan dentro de restricciones institucionales cuyos efectos los historiadores de la economía no siempre han estudiado de manera sistemática.

Simon Kuznets señaló, hace cuatro décadas, que en los países desarrollados la distribución del ingreso se había vuelto *menos* igualitaria en las primeras etapas del crecimiento económico pero *más* igualitaria a partir de entonces; su hipótesis era que las regiones poco desarrolladas seguirían una trayectoria semejante. Los datos referentes al último medio siglo confirman dicha hipótesis para algunos países pero no para otros. En la última década, la tendencia hacia una mayor igualdad se ha vuelto más lenta en Europa occidental, en tanto que en Estados Unidos se ha invertido. Unos pocos países del Este asiático, de rápido crecimiento, se volvieron más igualitarios, pero en la mayoría de los países latinoamericanos no sucedió lo mismo. Y en gran parte de Europa oriental sistemas relativamente igualitarios fueron sustituidos por regímenes que recuerdan el concepto de "acumulación primitiva" de Karl Marx. Estas tendencias influirán en el bienestar y la productividad de vastas poblaciones.

En el siglo XX se ha asistido a avances sin precedentes en el bienestar de las poblaciones humanas, que lograron finalmente traducir el aumento de la productividad de la era industrial en logros concretos en lo tocante a la nutrición, la salud y, por ende, la esperanza de vida. Sin esa mayor productividad, el nivel de vida habría mejorado muy poco. Al mismo tiempo (como lo demuestran ampliamente los ejemplos citados), las sociedades tuvieron dificultades para convertir ese progreso de la productividad en mejoras del bienestar físico, y con frecuencia les fue imposible. Los historiadores de la economía están descubriendo ahora que la resolución de este dilema exigía hallar un mecanismo apropiado y eficaz de abordarlo. Ese mecanismo, desplegado con efectos cada vez mayores a lo largo del último siglo, es el "Estado benefactor".

Desde luego, también en épocas anteriores hubo antecedentes de una intervención eficaz del Estado. La historia del alivio del hambre es un buen ejemplo. Las hambrunas

²⁶ Este argumento es expuesto coherentemente por Alexander James FIELD: "Do Legal Systems Matter?", *Explorations in Economic History*, vol. 28, 1991, págs. 1-35.

originadas en el fracaso de las cosechas por motivos climáticos mataron a millones de seres humanos desde la época prehistórica hasta el presente. Hasta hace poco, los historiadores consideraban que las hambrunas eran la prueba de que la humanidad era víctima de una Madre Naturaleza que cada tanto manifestaba su irritación. Hoy sabemos, empero, que en su mayoría fueron un producto humano, generado no por la Madre Naturaleza sino por gobernantes terrenales del otro sexo que simplemente no tomaban las medidas adecuadas para el traslado oportuno de las provisiones a las áreas afectadas. En Inglaterra las hambrunas terminaron sólo después de que las rebeliones de los hambrientos, a fines de la década de 1750, obligaron a los monarcas a retrotraerse al "paternalismo" de los Tudor y los Estuardo interviniendo más decididamente en el mercado de granos en los periodos de escasez²⁷. En la India, las autoridades coloniales británicas podrían haber salvado a millones de personas, relativamente con poco esfuerzo, durante la hambruna que azotó a Bengala en 1943. Lo que puso fin al hambre en la India no fue la Revolución Verde sino una mejor comprensión de cómo se producían y la prioridad que les asignó el gobierno independiente con el objeto de impedir las o detenerlas²⁸. En la época contemporánea, sólo hubo hambrunas en países carentes de gobiernos eficaces.

También los esfuerzos destinados a aliviar la pobreza comenzaron mucho antes del siglo XX, al igual que la instrucción pública gratuita primaria y secundaria en algunos países, el afán por volver más habitables las ciudades, los primeros planes jubilatorios (principalmente destinados a los veteranos de guerra y sus familiares) en todo el hemisferio occidental y en el noroeste de Europa, los primeros intentos de crear modernos centros de investigación científica, médica y tecnológica en los países industrializados, etcétera. Casi todos estos emprendimientos contribuyeron a mejorar el nivel de vida, pero incluso tomados en su conjunto estuvieron limitados por el monto comparativamente reducido de los recursos que se les destinaron y por las restricciones impuestas a una eficaz acción reguladora de los gobiernos.

Los notables avances en el bienestar físico que hemos experimentado en el curso de este siglo se alcanzaron sobre todo como consecuencia de un masivo aumento tanto del gasto público como de la regulación estatal. A fines del siglo pasado, los gobiernos de Europa y Estados Unidos comenzaron a encauzar sus conocimientos médicos y técnicos hacia el objetivo de convertir a las ciudades en lugares menos mortales. Una dinámica regulación de las condiciones de vivienda, así como programas sanitarios que abarcaron desde cuarentenas hasta vacunaciones masivas, redujeron las enfermedades. Se volvieron corrientes los subsidios destinados a programas de viviendas para trabajadores y personas de escasos recursos, los vigorosos empeños por purificar el aire y el agua y controlar la calidad sanitaria de los alimentos, y las inversiones en otras comodidades y ventajas propias de la vida urbana.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, si no antes, se extendieron enormemente en toda la región del Atlántico Norte los programas de mantenimiento del nivel de ingresos, que incluyeron subsidios directos o transferencias a los desocupados, los indigentes, los veteranos de guerra y los ancianos. En los países desarrollados, con excepción de Estados Unidos, se volvieron comunes los sistemas nacionales de salud que brindaban atención médica gratuita a todos los ciudadanos. Los sistemas masivos de

²⁷ Véase FOGEL: "Egalitarianism", op. cit., pág. 9.

²⁸ Amartya SEN: "Starvation and Exchange Entitlements: A General Approach and Its Application to the Great Bengal Famine", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, 1977, págs. 33-39.

instrucción pública, de los que fue precursor Estados Unidos, demostraron su eficacia al eliminar virtualmente el analfabetismo y hacer extensiva la enseñanza primaria, y en algunos países la secundaria, a la mayoría de los ciudadanos de las regiones desarrolladas. En las décadas del cincuenta y el sesenta, casi todos los países desarrollados extendieron aun más estos sistemas a fin de incluir a un número creciente de estudiantes de nivel terciario.

Gran parte del mundo poco desarrollado avanzó más lentamente. Los países latinoamericanos se asemejaron en su mayoría a México, que no alcanzó sino hasta la década de 1980 un índice de alfabetización del 80 % de la población, que Estados Unidos ya había logrado en 1800. La mejora de las condiciones de vida en las ciudades, incluida la salubridad y la promoción de la salud pública, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial, disminuyó lo suficiente las tasas de mortalidad como para estimular el crecimiento de la población, junto con su estatura y su esperanza de vida. Logros similares se registraron en la mayor parte de Asia y de Europa oriental, aunque los países de África al sur del Sahara también en este caso quedaron rezagados.

Al evaluar estas tendencias, los historiadores económicos han hecho aportes sustanciales a nuestra comprensión del vínculo existente entre la productividad y el bienestar físico. Tres de ellos son particularmente significativos. Primero, trabajos recientes han señalado que la mayor igualdad en la distribución del ingreso influye en la mejora del bienestar físico. Segundo, se demostró que la mejora del bienestar físico eleva la productividad de toda la economía de un país. Por último, gran cantidad de trabajos de las dos últimas décadas demostraron asimismo que la educación, y más en general la inversión en el "capital humano", eleva tanto la productividad como el nivel de vida.

Estudios sobre la relación entre la estatura y una medida del grado de igualdad o desigualdad de la distribución del ingreso (el índice de Gini) tienden a la conclusión de que una mayor igualdad ha dado por resultado históricamente niveles medios más altos de nutrición. Por ejemplo, la población de las colonias británicas de América del Norte alcanzó una estatura media muy superior a la que habría permitido el ingreso per cápita de las colonias en una sociedad en que el ingreso hubiese estado más concentrado. Durante el siglo XIX, la creciente desigualdad probablemente contribuyó, junto con la urbanización, a que los norteamericanos tuvieran menor estatura²⁹. En el siglo XX, los aumentos de la igualdad ayudaron a elevar el estándar de vida, sobre todo cuando entre los beneficiarios se incluían los receptores de menores ingresos.

Sólo en los últimos tiempos comenzó a reconocerse la influencia de una mejor salud y nutrición en el aumento de la productividad. En Gran Bretaña, aún en 1800, con una esperanza de vida promedio al nacer que oscilaba alrededor de los treinta y cinco años, el 20 % de la población adulta estaba tan desnutrida que era incapaz de trabajar; en realidad, apenas podía hacer mucho más que pasearse de un lado a otro algunas horas diarias. A medida que fue mejorando la salud, una mayor proporción de la población del país tuvo la fuerza suficiente como para trabajar en forma regular, con creciente intensidad y durante un período más largo de su vida productiva. En este siglo, los salarios más altos hicieron que mejorara la dieta alimenticia, al par que los programas establecidos por el gobierno británico, al volver más salubre la vida en las ciudades, disminuyeron las necesidades nutricionales de los habitantes urbanos, pues redujeron su gasto de energía para prevenir las enfermedades. En la conferencia que pronunció al recibir el Premio Nobel, Robert Fogel

²⁹ STECKEL (op. cit.) presenta un resumen de estos estudios.

estimó que el 30 % del aumento total de la productividad que hubo en la economía británica entre 1790 y 1980 se debió a mejoras en la nutrición bruta³⁰.

Finalmente, el aumento de las inversiones en recursos humanos en todo el mundo contribuyó tanto a mejorar el bienestar como a elevar la productividad. Dado que la educación genera una mayor movilidad tanto ocupacional como geográfica, y en los niveles más altos brinda además capacitación en habilidades específicas, históricamente la inversión en educación ha elevado el nivel de ingresos al incrementar la productividad de quienes la obtienen. Los análisis de costos-beneficios llevados a cabo por distintos gobiernos y organismos internacionales, así como un creciente número de estudios históricos, han mostrado congruentemente los importantes efectos que tiene la inversión en recursos humanos en el bienestar y la productividad³¹.

Por supuesto, una gran proporción de los recursos utilizados por los gobiernos durante este siglo tuvieron como objetivo destruir la vida humana en lugar de nutrirla o protegerla. Algunos empeños por reducir la desigualdad y mejorar el bienestar no lograron sus propósitos, en tanto que otros persiguieron objetivos meritorios pero sin prestar debida atención a la eficiencia o a los posibles desequilibrios macroeconómicos. En casi todos los períodos históricos hubo despilfarro y corrupción (aunque la inflación es en gran medida una plaga del siglo XX). En suma, una parte de lo que han hecho los gobiernos modernos perjudicó en rigor el crecimiento económico, del cual tan críticamente dependen sus obras. Pese a estos problemas, hoy sabemos que lo que distingue a la civilización moderna de las épocas anteriores es producto en gran parte de la eficacia de los programas públicos —en todo el mundo desarrollado y en una porción creciente de las regiones menos desarrolladas del planeta— en mejorar el nivel de vida y prolongar la vida.

El avance que hemos experimentado en nuestra época en lo que atañe a la elevación del nivel de bienestar físico presenta un agudo contraste con la sucesión inédita de guerras civiles y de violencia internacional que hemos tenido en el siglo XX. Un mayor número de personas perdieron su vida en episodios de violencia colectiva en este siglo en relación con cualquier otro período de la historia humana. Es tentador considerar la guerra y el bienestar como fenómenos diferentes y desconectados entre sí, condenar el primero y alabar el segundo como si pertenecieran a distintos planetas. Quizá a los fines de un enfoque analítico o de una narración coherente esa postura sea lógica, pero para comprender la historia del bienestar no lo es.

La historia ha beneficiado a una pequeña minoría de los habitantes de la Tierra con instituciones capaces de dar cumplimiento a las aspiraciones de nuestra especie a una vida mejor, a que los niños sobrevivan, crezcan más altos y vivan más tiempo. La cultura y la tradición nos impulsan a confiar en que las instituciones democráticas, sumadas al crecimiento económico, demostrarán ser igualmente provechosas en otras partes del globo, pero en la mayoría de los países habrá que esperar al próximo siglo para saber si esta hipótesis es capaz de afrontar la prueba decisiva. Según indican las tendencias recientes, los habitantes del mundo desarrollado tal vez estemos pasando por nuestras propias pruebas.

³⁰ FOGEL: "Economic Growth", op. cit., pág. 383; para un examen del caso de Estados Unidos, véase STECKEL, op. cit.

³¹ Un estudio histórico reciente notable por su equilibrio y su grado de elaboración es el de Clara Eugenia NÚÑEZ: *La fuente de la riqueza: educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, 1992.

Creo que la historia del bienestar puede ser útil para evaluar las alternativas sociales, políticas y culturales que se les abren a diversas sociedades, particularmente en períodos de cambio y transición. El conocimiento del pasado económico puede servirnos para entender mejor los cambiantes contextos del pensamiento humano y su expresión histórica, y en consecuencia su sentido e importancia. Nada, en los documentos históricos de los que tengo noticia, nos asegura inequívocamente que las personas que viven más tiempo, comen mejor, se enferman con menos frecuencia y reciben instrucción durante un mayor número de años experimentarán más felicidad que sus antepasados de corta vida, crónicamente desnutridos, agobiados por las enfermedades y en general analfabetos³². No obstante, dado que las condiciones materiales de vida parecen ejercer una influencia tan poderosa en la conducta humana, sería necio ignorarlas.

Traducido por Leandro Wolfson

³² No obstante, la historia de las corrientes migratorias que cruzan las fronteras entre los países sugiere que existe una difundida preferencia por alcanzar mejores niveles de vida.

RESUMEN

Este artículo se ocupa de la relación entre el mejoramiento del bienestar físico humano a lo largo de la historia y los avances en la productividad económica y la organización política que lo han hecho posible. Adoptando una perspectiva de largo plazo, el autor examina la cuestión revisando el creciente número de estudios históricos que ha venido modificando las versiones prevalentes sobre la trayectoria del bienestar humano.

SUMMARY

This article addresses the relationship between improvements in human physical welfare throughout history and the advances in economic productivity and political organization that made them possible. Taking a long term view the author examines the subject reviewing the growing number of historical studies that have been revising much of the conventional wisdom on the trajectory of human welfare.

REGISTRO BIBLIOGRAFICO

COASTWORTH, John H.

"En torno de la historia del bienestar". *DESARROLLO ECONOMICO - REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 36, Nº 144, enero-marzo 1997 (pp. 991-1003).

Descriptor: <Historia económica> <Historia social> <Bienestar> <Desarrollo físico humano> <Esperanza de vida> <Recursos humanos> <Productividad>.